

Los Hermanos de la Costa



José Esquerneling

Por

Elías UGARTE F.

Al noreste de Haití, en ese mundo roto del Caribe, existe una pequeña isla, de apenas 300 km². de superficie, que el viajero de Sudamérica, en su paso hacia Europa —o viceversa— muchas veces habrá mirado indiferentemente, como una vértebra más entre las numerosas de esa espina dorsal dislocada de las Antillas. Sin embargo, esta ex colonia de España —que ni siquiera muchos mapas señalan y ya nadie recuerda— fue la cuna, puede decirse, de aquellos héroes y demonios del mar que en el siglo XVII tantos desvelos y pérdidas materiales causaron a la Corona dueña, en esa época, de los más vastos y ricos dominios del mundo.

Aquella isla se llama La Tortuga. Y esta cofradía del terror, "Los Hermanos de la Costa".

Cuando, en 1630, el almirante castellano don Fadrique de Toledo, después de fiera lucha, logró desbandar de las Antillas a aquellos advenedizos de casi todas las banderas de Europa que, ansiosos de aventuras y riquezas, con la aquiescencia de sus respectivos países, habían usurpado las posesiones de la Corona, asaltado sus naves y asolado sus costas, muchos, una vez pasado el peligro, volvieron a sus antiguas islas, mientras otros buscaban nuevas madrigueras.

Numerosos vencidos encontraron refugio en San Martín, la Antigua, la Anguila, etc., a la vez que un grupo de franceses fijaba sus ojos en otra más pequeña, circundada de peñones, de costa áspera, casi inaccesible, que los marinos españoles llamaron La Tortuga, aunque más bien da la impresión de un vigía forbante —y no de un quelonio— que estuviera escudriñando eternamente la nunca olvidada costa de Cuba, tantas veces saqueada por piratas y corsarios de distintas nacionalidades.

Habitada únicamente por manadas de reses salvajes, les pareció a los franceses aquella isla, no sólo por sus farellones y su costa, un lugar adecuado y seguro para esconderse de los españoles, sino, más que nada, mirando más a su interior, una tierra de promisión, un pequeño paraíso, por sus fértiles llanuras, por la dormida belleza de sus valles, por sus bosques de preciosos árboles y sus montañas llenas de vegetación exuberante, donde los papagayos, tordos y pichones silvestres, en medio de su ebriedad panteísta, lanzaban sus trinos y gorjeos al cielo imperturbable de la mañana, entre áloes, guayacanes y naranjos.

Además, por la parte meridional de la isla habían encontrado un fondeadero excelente, cuya entrada formaba dos canales y era accesible a embarcaciones grandes. Ello le iba a facilitar enormemente su comercio con las naves corsarias que venían de Europa: eran cazadores de jabalíes y toros salvajes y, como se comprende, los proveedores furtivos de pieles y tasajos de aquellos forajidos. Por su oficio, llamábanse ellos mismos bucaneros y pregonaban la vieja creencia de que Dios les había impuesto este precepto: "Matarás toros durante seis días y al séptimo llevarás las pieles a las naves".

En efecto, con su obsesión por salir al encuentro de esos barcos, con la madera preciosa de esos bosques vírgenes no tardaron en construir embarcaciones ligeras, y luego lanzarse, como buenos marinos, a desafiar las inmensidades del Atlántico, internándose por las inmediaciones del cabo Tiburón para entregar sus mercancías.

Pero un día estos hombres sin familia, sin mujer y sin hijos; que vivían en una extraña comunidad de varones; que no conocían el pan y se alimentaban sólo de carne revolcada en una especie de salsa hecha con zumo de limón y pimienta; que vestían una tosca camisa y un calzoncillo corto, teñido en la sangre de las mismas reses que mataban; que por sombrero llevaban un sórdido trapo que les aprisionaba los cabellos y por calzado simples cueros disecados bajo las plantas, empezaron a sentir cansancio de esa vida. Desde esa ventana siempre abierta de la isla veían pasar los galeones ahitos de oro de las colonias hacia la altiva España. Y ello avivó su sed de riquezas y venganza. En más de una ocasión, los marinos de la Corona habían venido a reclamar lo suyo —la tierra usurpada— con el lenguaje rojo de las balas. Y las culebrinas habían dejado tendidos para siempre a aquellos colonos junto a las verdes hojas del tabaco, y las bombardas de la flota no sólo habían talado los árboles y ahuyentado los pájaros, sino exterminado sus reses, destruido sus chozas, sus embarcaciones, sus aperos y cisternas.

Entonces pensaron que no era posible vivir así aislados, sólo con su mansedumbre y su trabajo, los perros de caza y los "enganchados" que, a falta de mujer, se dedicaban a los menes-

teres domésticos y a mantener listas, sobre grandes parrillas de madera, a la usanza caribe, aquellas carnes tiernas y humeantes que despedían apetitosos olores. Entre los peñones de esas islas, defendiendo los contrabandos con su fusil, matando y asaltando, vivían los "freebooters" —piratas ingleses, contra los cuales habían peleado en más de una ocasión por esas tierras que parecían de nadie por su soledad y su abandono— y se unieron con ellos en un pacto de defensa mutua contra aquel enemigo común —España— olvidando sus viejas rivalidades. Después, frente a nuevas incursiones de los españoles, en una de las cuales tuvieron que abandonar La Tortuga a las poderosas fuerzas de don Carlos Ibarra —1638— otra vez vencidos, erráticos y a la deriva, el odio hacia el prepotente castellano se hizo más intenso. No titubearon en sellar con los ingleses un pacto más feroz y más amplio: de asalto, despojo y exterminio.



Ravenau de Lussan

Desde entonces, el azadón y el hacha quedaron abandonados en los surcos y el bosque. Se habían bautizado a sí mismos "Hermanos de la Costa", jurando permanecer unidos, defenderse y ayudarse mientras vivieran en esas islas, lo que hizo despertar un sentimiento de simpatía y fraternidad hacia todo extranjero que llegase, que no fuera de sangre castellana.

De esa mezcla de sentimientos extraños, agitada en la reorta común de los odios, ambiciones, venganzas y apetitos desorbitados, nacía la tenebrosa organización. Por eso, si los términos forbante, bucanero, filibustero, etc., significan, por extensión, piratas, "hermano de la costa", aunque sea también sinónimo de aquéllos, tiene aún un sentido más vasto: es el nuevo bandido de mar organizado, esto es, el que ya no actúa en forma aislada o esporádica.

Pero sólo en 1655, cuando los ingleses capturaron Jamaica —nombre que en lengua indígena significa “tierra de bosques y agua”— y los franceses La Tortuga, la incipiente organización vino a robustecerse y a crecer como los guayacos y palmeras de sus guaridas, hasta hacerse avasalladora, incontenible: había tomado ya un carácter definitivo y casi internacional. A su seno había llegado otra gente advenediza: siervos vendidos en la Española, sujetos del hampa de los puertos de Europa, desesperados, tráfugas, y una especie de “élite” del pensamiento y del puñal; intelectuales viciosos, depravados, gente inquieta y disipada que, por haberlo derrochado todo al juego y en saraos, incluso su moral, no titubeaban en enrolarse en esa cofradía de la sangre. Y es así como —confundidos con lo más zafio y ruin que los bajos fondos sociales podían vaciar en esas cloacas a vela de las naves forbantes— hallamos a los ingleses Basil Ringrose y Lionel Waffer, al holandés José Esquemeling y al francés Raveneau de Lussan.

Tampoco faltaron apellidos de noble alcurnia como un Grammont y un Montbars, aquel bandido “gentilhomme” que, espada en mano, les gritaba a los marinos de España: “¡Defendedos para tener el derecho de mataros!”. Ni simplemente sanguinarios y audaces como un Pierre Le Grand y un Olonés.

Tanto era el afán de estos bandidos por mantener incólume su organización —y, aunque suena a sarcasmo, la moral y rigurosa disciplina entre sus componentes— que habían logrado destruir entre ellos el egoísmo y hasta los sentimientos posesivos; todo era común, incluso la mujer. Por eso, si hubo riñas, éstas fueron por insultos proferidos durante sus borracheras y festines, dificultades que eran solucionadas con las armas, al estilo de los viejos bucaneros. Después todo quedaba en calma y continuaban siendo tan hermanos como antes, unidos por ese pacto de “la vida y la muerte”, especie de obligación juramentada que los mantenía enlazados hasta el último instante, y en virtud de la cual peleaban asociados, de modo que si uno de ellos caía en la refriega, era deber del compañero recoger el cadáver y darle sepultura, heredando después las pertenencias del extinto. Traslucíase en la arquitectura de la organización una especie de socialismo, de interés por el bienestar colectivo. Así como ellos mismos elegían sus jefes por mayoría de sufragios, jurándoles fidelidad y la promesa de morir bajo sus órdenes, les estaba reservado el derecho también de deponerlos y nombrar a otros en su reemplazo, si estimaban que habían faltado a sus deberes o compromisos para con la Hermandad, que lo era todo. El mismo Sharp fue destituido en las costas de Chile de su elevado cargo, siendo reemplazado por Watling, por haber dejado descontentos a sus subalternos, reponiéndosele después en el fragor del combate, por estimar necesarios sus servicios como estratega.

Así como eran de feroces y crueles con sus enemigos, los rasgos de prodigalidad y compañerismo entre estos bandidos son realmente admirables. Cuenta Ringrose —el fiel cronista de Sharp— que, en 1682, antes de separarse los filibusteros (para regresar a la antigua Jamaica, dando así término a sus pillajes por el Pacífico) resolvieron regalarle su buque a aquellos que lo habían perdido todo al juego y a la bebida, rematando, para este fin, cuanto fue posible hallar a bordo. Sharp —el incendiario de todas las iglesias y conventos de frailes en La Serena—

se adjudicó en cuarenta pesos un perrillo faldero que pillaron vagando por las calles de Iquique, destinando esta suma para un fraternal festín de despedida.

Constituidos en esta forma los "hermanos de la costa", no se contentaron ya con despojar naves y llevárselas cautivas, sino era necesario ir todavía más lejos por esa ruta de sangre y latrocinios: asaltar la costa atlántica. De este modo las ciudades del Golfo de Méjico, las de Honduras, de Nicaragua, de Cuba, de Nueva Granada, de Costa Rica, etc., fueron devastadas por aquel aluvión humano de odio y de sevicia. Muchas de éstas muestran hoy al viajero sus derruídas fortificaciones y herrumbrados cañones de su litoral, como evocación de un pasado que fue de continuas zozobras y lágrimas.

Pero tampoco aquí se le iba a poner freno a la ambición ni a quedar abrevada esa sed de desquite y de crueldad: a la cabeza de quince barcos bien armados y de quinientos hombres, los ingleses habían colocado a Mansvelt y a Morgan.

Conocido por el "rey de los bucaneros" este último, por su pericia y arrojo, y el "dueño de Puerto Príncipe", por su absoluto dominio de esas tierras, fue el primero en abrirles a los nuevos vándalos las vedadas puertas del Istmo —como lo hiciera, un siglo antes, el genio de Drake en el Estrecho—. En esta forma, Sharp y Davis habrían de terminar en el Pacífico la roja página comenzada por sus cofrades en el Atlántico.

He aquí por qué no es hiperbólico decir que pocas fuerzas armadas del mundo en esa época tuvieron tanta disciplina y cohesión como los "hermanos de la costa". De otra manera no habrían podido pasearse victoriosos por los dos océanos ni hacer frente a la poderosa flota de España en sus expediciones punitivas, ni siquiera acercarse a plazas fuertes como la de El Callao, que contaba con varias fortificaciones dotadas de numerosas bombardas y culebrinas.

Raveneau de Lussan —el más cruel de los cronistas forbanes, ya que se exultaba en narrar que, a su paso por el Istmo, se había divertido en dar de balazos a los monos para verlos cogerse graciosamente el perforado abdomen, en su afán de contener las desbordadas vísceras— refiere que la principal causa de las desavenencias y escisiones entre los "hermanos de la costa" fueron los sacrilegios cometidos en los templos por aquellos afiliados que no profesaban la religión católica, ya que, con sus pistolas, hacían blanco en las imágenes, cortándoles después los brazos con sus espadas. Como se sabe, la mayoría de los "hermanos de la costa", especialmente los franceses, conservaban el culto externo de la religión, además de vivir enervados anímicamente por supersticiones y fanatismo, llegando a ejercitar ciertos ritos hasta para solemnizar sus acciones más crueles. Por eso, antes de iniciar el asalto de una ciudad o barco, rogaban al Hacedor les diera suerte en la pelea y un abundante botín. Ganada la batalla, regresaban con su presa a su madriguera —los ingleses a Jamaica, los franceses a la Tortuga— a repartirse con rigurosa equidad aquel pillaje, no sin antes darle gracias a Dios por tan fructífera jornada. Aquéllos leían un capítulo de la Biblia o recitaban un salmo. Estos entonaban el cántico de Zacarías, el "Magnificat" o el "Miserere", bajo la bandera negra de sus naves flameando como una sombra de muerte.

Pero, sin duda, lo que contribuyó a desorganizarlos más todavía, fue el feroz castigo que les infligió España en 1682, en el campo francés, donde considerables fuerzas de la Corona aniquilaron a los quinientos filibusteros que allí les aguardaban, llevándose, después de pasar a cuchillo a los vencidos, entre los que se contaba su propio jefe Cussy, todas las mujeres, niños y esclavos que encontraron.

La transitoria paz que habían hallado estos forajidos con el gobernador Beltrán de Oregón —su verdadero padre espiritual y maestro, el que logró limar sus hábitos groseros y sus vicios— bajo cuya dirección pudieron convertir los aduares de Haití o Santo Domingo en una colonia próspera, llena de magníficas y pobladas villas, se había derrumbado para siempre y ahora volvían a coger sus armas, como si un destino maldito, incontenible, los obligase a vivir de esta manera.

De suerte que cuando Luis XIV resolvió atacar Cartagena de las Indias, aunque sabía que estaban debilitados, no dejó de estimar el concurso de los feroces discípulos de Pedro Le Grand para aquella empresa. No olvidaba su destreza en el manejo de las armas, su arrojo temerario y, sobre todo, su pericia como marinos, condiciones éstas que había sabido aprovechar muy bien aquel monarca en sus frecuentes luchas contra los españoles, llevado, acaso, por su duplicidad de terminar no sólo con sus enemigos, sino con aquella gente inquieta, libertaria, que, aunque era su aliada y se mantenía leal a su causa, empezaba ya a molestarle.

Los filibusteros no desdeñaron esta oportunidad para demostrarle una vez más a Francia su reconocimiento por el apoyo prestado en la colonización de esas islas y el real consenso para toda clase de depredaciones y asaltos, y aceptaron la orden de enrolarse como voluntarios en la escuadra francesa, comandada por el barón de Pointis.

Se había acordado —tal vez para mantener la disciplina de esa gente— que los oficiales filibusteros debían gozar de las mismas consideraciones que los oficiales de la Real Armada y que percibirían la tercera parte del botín.

El jefe de los filibusteros era Ducasse, a quien el rey de Francia había nombrado gobernador de la Tortuga. Ducasse mandaba trece buques con mil setecientos cincuenta de sus hombres.

Aunque parezca extraño o con ciertos ribetes de novela, gracias a estos forajidos la victoria se inclinó al lado de Francia, ya que las tropas regulares de Luis XIV habían sido rechazadas con grandes pérdidas.

A pesar de que todos los honores del triunfo fueron para los filibusteros, Pointis no cumplió su palabra: sin reconocer lo pactado enderezó proa para Francia.

Estos hombres —acostumbrados a ajustarse a su código de la Hermandad— se sintieron ofendidos e increparon duramente a sus jefes, desertando en gran número y desbandándose hacia diferentes puntos, muriendo muchos por la peste. De modo que muy pocos regresaron a la Tortuga, fieles a aquel género de vida.

Obvio es colegir que su pequeño número, sin organización

ni disciplina, que vivía sólo para añorar tiempos mejores, fue fácilmente diezmado por aquellas potencias que tenían interés en esas islas, teatro de tantas y tan sangrientas batallas.

Así, de ese paraíso antillano, con su vieja prestancia, con su orgullo salvaje de haber servido de patria a hombres tan feroces como aguerridos, pronto no iba a quedar nada. Sólo un recuerdo constante para los pocos que lograron sobrevivir a los embates del destino y que no pudieron olvidarla, ya que en sus sueños erráticos, entre bosques y reses, junto a las cisternas y las palmas, como un espejismo lancinante, iba a seguir alzándose la figura de D'Enambuc, el más antiguo fundador de los bucaneros.



Tertulia Princesca

Cuando se varó el acorazado "España" en el Canal de Chacao, en el bajo que se bautizó posteriormente con su nombre, S.A.R. el Príncipe de Baviera y Borbón, que viajaba a su bordo, debió transbordarse al antiguo Crucero "O'Higgins", que se caracterizaba por sus tres imponentes chimeneas.

Una noche, después de arduas faenas marineras de reflotamiento, los Oficiales de la nave chilena hicieron larga sobremesa en su Cámara, que se amenizó con piano, violín y las tradicionales canciones marineras, cuyos sones llegaron hasta la Cámara del Comandante, a través del pasillo de la Sala de Armas, por lo que éste mandó a avisar al Segundo Comandante, presente en la tertulia, que la Cámara debía cerrarse impostergablemente antes de medianoche, en atención a que su Alteza ya se había recogido a su departamento, colindante con el del jefe de la nave.

Poco después que el emisario del Comandante cumplió su cometido, sorpresivamente apareció el Príncipe en la puerta de la Cámara de Oficiales. Luego de saludar, pidió excusas y expresó que no había podido resistir la tentación de participar en la alegre reunión, pues sentía especial predilección por las canciones marineras, las que por ser similares en todas las Marinas, le hacían recordar su Patria.

Tan grata y real visita, que pidió expresamente que la reunión continuara prescindiendo de su persona, dio mayor entusiasmo a la velada, en que no escasearon especiales brindis en su honor, que lo indujeron a participar directamente en los coros.

Sin sentir llegó la hora en que se debía cerrar la Cámara, para cumplir con la ordenanza, tan perentoriamente hecha recordar por el Comandante; mas ¿quién osaría despedir a tan ilustre huésped?

No pudo, pues, cerrarse la Cámara hasta muy pasada la medianoche.

Y al día siguiente, trabajo costó al Segundo convencer a su jefe que el propio Príncipe había sido el inocente causante del incumplimiento de su orden, al abandonar furtivamente su departamento por la puerta del baño para ir a compartir con los Oficiales su fiesta y sus canciones marineras.

Quedan aún sobrevivientes de esta tertulia princesca, que la han recordado en una reunión-almuerzo de los Dos Mil, en la Cámara "Esmeralda" del "Caleuche".